

## EN EL CENTENARIO DE JOSE DE LA RIVA-AGUERO (1885-1985)

César Pacheco Vélez

### I

#### EL JOVEN RIVA-AGUERO\*

El 25 de octubre de 1944 murió Riva-Agüero en Lima, en un cuarto del Hotel Bolívar, a los 59 años; es decir, cuando acababa de instalarse en la madurez cronológica —porque la intelectual se dio en él con una precocidad limeña excepcional— y a poco de cruzar los cabalísticos 51 años que Aristóteles señala como el ingreso a la plenitud vital. Moría sin afectos familiares cercanos, pero con la adhesión de la mayoría de los jóvenes estudiantes de la Universidad Católica a la que Riva-Agüero dejaba todo su importante patrimonio, el que le ha permitido a esa Casa de Estudios su consolidación y crecimiento institucional.

Pero el calor juvenil que rodeó a Riva-Agüero en sus últimos años no era sólo la respuesta a ese generoso mecenazgo. Estaba unido a una visión afirmativa y sin duda triunfalista del Perú como nación y, en algunos sectores minoritarios, estimulado por sus ilusiones fascistas, su agresivo reaccionarismo político, su decisión de asumir a plenitud de conciencia el liderazgo tardío de una *derecha nacional*. Y, sobre todo, diría que ese entorno estudiantil se alimentaba de la admiración por el coraje moral de un hombre que nunca había eludido las más meridianas definiciones, los más duros combates ideológicos.

En el contexto limeño mazamorrero, este aristócrata acaudalado, que despreciaba sincera y raigalmente la plutocracia, que disponía de su fortuna con generosidad de auténtico mecenas y era a la vez sabio, consecuente, dogmático y dueño de una pluma extraordinaria, siempre al servicio de sus ideales, reunía los mas saneados títulos para ejercer en nuestro medio intelectual, entre algunas sordas celotipias, ese magisterio que los estudiantes de la Universidad Católica siguieron entusiastas y fer-

---

\* Artículo aparecido en el Suplemento Dominical de *El Comercio* el 3 de marzo de 1985.

vorosos. El testimonio de su entierro en olor de multitud de todos los sectores, que llenaba varias cuerdas del Jirón de la Unión en una Lima de sólo medio millón de habitantes, que de la Catedral siguió compacta hasta el Cementerio Presbítero Maestro para escuchar las hermosas oraciones de Víctor Andrés Belaunde y Raúl Porras Barrenechea, revela que en la conciencia peruana de entonces se vislumbró todo lo que significaba la desaparición de uno de los *grandes* del Perú, que no han sido muchos, incomprendido, denostado, desperdiciado.

Pero en las alturas de 1944 el humor nacional no era precisamente el de la tesitura espiritual ni el de las definiciones políticas de Riva-Agüero. Se explica así la polémica que, fresca la tumba del gran escritor, suscitara una semblanza de Jorge Basadre en las páginas de *Historia*, la revista fundada por él, de corta vida pero de gran influencia intelectual y política en la formación del Frente Democrático Nacional y en el advenimiento de la democracia en 1945. Con su enorme lucidez y su sentido refinado del equilibrio, Basadre intentaba en ese artículo resumir las razones de su admiración y su distancia frente a la figura de Riva-Agüero. Se confrontaron en esa polémica entre discípulos de Riva-Agüero y seguidores de Basadre diversas visiones y opciones ante la experiencia histórica peruana; distintas formulaciones implícitas del proyecto nacional; diferentes escrutinios de las señas esenciales de la identidad cultural de nuestro pueblo. Leído al cabo de casi medio siglo ese artículo de Basadre, superada su discutible inoportunidad, es un hermoso testimonio de honestidad intelectual. Aunque Basadre omita una de sus principales convergencias con el historiador limeño: la visión del segundo Piérola como el artífice de la "reconstrucción nacional"; aunque el dilema ante Santa Cruz y la Confederación que él planteaba haya dado en los hechos posteriores la razón a Riva-Agüero; aunque no le reconozca un sincero indigenismo, aquel deslinde hace honor a Basadre. Pero en esas páginas tal vez lo que más resquemor promovió en los jóvenes de la Universidad Católica que admiraban a Riva-Agüero fue el descubrimiento de dos etapas nítidamente diferenciadas en su vida, lo que podríamos llamar, a la moda alemana, "el joven Riva-Agüero" y "el Riva-Agüero maduro" que no llega a la vejez. Imbuido en una cierta euforia apologética, varios años más tarde yo mismo subrayé en un trabajo sobre la correspondencia de Riva-Agüero con Menéndez Pelayo esa visión monolítica, esa figura de una sola pieza que sigue desde la infancia hasta la muerte un proceso rectilíneo, sin quiebras, crisis, rectificaciones ni cambios. Veo ahora las cosas de otro modo: aunque fiel siempre a su talante dogmático, que le hacía difícil descubrir demasiados matices, y de una reciedumbre espiritual excéntrica en nuestros ambientes, sí podemos reconocer muy claramente esas dos etapas: desde la *emergencia*, como llama Ortega y Gasset a la *aparición histórica* y que el pensador español sitúa a los 25 años y en nuestro personaje se produce a los 19, hasta el trasterramiento por propia voluntad; y la otra, desde ese último hecho divisivo hasta su muerte repentina y prematura. Es decir, de 1885 a 1919, la primera etapa; de 1919 a 1944, la segunda. En la primera se perfiló como el más brillante continuador de González Prada: un nuevo González Prada dotado de más amplia cultura y de un estilo todavía más lapidario. Por eso Luis Loayza ha podido decir de ellos que

los ve como *hermanos* espirituales y psicológicos que luego se tornan *enemigos ideológicos*. En la segunda etapa Riva-Agüero asumió lúcida y deliberadamente la tarea de resumir en su persona lo mejor de toda una tradición de autoritarismo doctrinario —Bartolomé Herrera y Felipe Pardo y Aliaga— sin renunciar por eso a los arres-tos caudillescos de Piérola e intentando crear un nuevo movimiento político que uniera a la juventud civilista y demócrata en una ideología nacional, democrática, tradicionalista, reformista, popular y seguramente a la postre católica, que todo eso quiso ser un partido *futurista* de 1915.

Así como los centenarios de la muerte de las grandes personalidades nos orien-tan hacia la etapa final de sus vidas o hacia el sentido total de su existencia, inexora-blemente conclusa, así los centenarios del nacimiento nos llevan preferentemente hacia los comienzos; en este caso hacia las más amplias posibilidades que significa el orto de un hombre tan generosamente dotado con bienes de talento, prosapia, fortuna y calidades morales como fue el caso de Riva-Agüero. Nació hace un siglo, el 26 de febrero de 1885, en la casa solariega de los Ramírez de Arellano, en la calle de Lártiga, donde está instalado desde 1947 el Instituto de su nombre. Era hijo úni-co de un matrimonio al parecer poco avenido y en el cual confluían viejos linajes coloniales y el patriciado republicano. En él se dio, como en Olavide, Baquijano, Vi-daurre y tantos otros limeños, esa precocidad y madurez intelectual hecha de viva-cidad, versatilidad y memoria abrumadora. Su infancia, como la de toda su genera-ción, fue triste si nos atenemos a las evocaciones de José Gálvez, Luis Fernán Cisne-ros, Víctor Andrés Belaunde, Ventura García Calderón y las de él mismo en ese li-bro deleitoso que se llama *Añoranzas*: eran los años inmediatamente posteriores a la guerra del 79-83 en que predominaba la pobreza, el abatimiento, el pesimismo. Los jóvenes de entonces necesitaban, como diría Ramón y Cajal, *tónicos de la vo-luntad* o, como todos ellos reclamaban, *maestros de energía y optimismo*. González Prada, Catón de la república peruana, se presentaba más como un tremendo síndico de quiebras que como el gran conductor de la catarsis; los latigazos implacables de su retórica no conformaban un programa de reconstrucción nacional.

Los hombres de la generación de Riva-Agüero, con él a la cabeza como lo se-ñalan con noble generosidad García Calderón y Belaunde, buscaron sus maestros de evocación histórica y literaria en Palma; y de reforma política, en Piérola. Anhela-ban nuevas ideas que agitaran el marasmo de la conciencia peruana en los grandes maestros del nacionalismo francés y del español que reaccionan con ímpetu después de los desastres de Sedán en la guerra franco-prusiana y de Cavite luego de que EE.UU. se apodera de los últimos restos del imperio español en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Son sus maestros Taine, Renán, Michelet, entre los franceses; Garivet, Joaquín Costa y Unamuno entre los españoles; y el uruguayo Rodó, cuyo libro *Ariel* da nombre al grupo generacional y seguirá influyendo en el siguiente. Hay que levantar los escombros, reconstruir al Perú, redescubrirlo. En ese clima y con esos propósitos, comienza Riva-Agüero su trayectoria intelectual. A los 18 años como re-sultado de minuciosa compulsión del archivo familiar y de sabia asimilación de la tra-

dición oral doméstica escribe un magnífico ensayo sobre José Baquijano y Carrillo, su tío bisabuelo, como si se tratara de un reportaje o de la transcripción de una larga grabación. Al año siguiente, en 1905, sorprende al jurado de San Marcos con su primera tesis –*Carácter de la Literatura del Perú Independiente*– y arranca de don Miguel de Unamuno un extenso y encomiástico ensayo que fue su espaldarazo internacional y del cual surge ese interesantísimo epistolario que ha estudiado y publicado completo en otra ocasión (*Apuntes*, revista de la Universidad del Pacífico, n. 7, 1977) y que constituye uno de los capítulos más apasionantes en la historia de las ideas en el Perú contemporáneo. En 1910 presenta su tesis doctoral –*La Historia en el Perú*– libro decisivo en el proceso de la historiografía peruana, como lo reconocerá Basadre en el prólogo de su tercera edición (*Obras Completas*, t. IV, 1965), y cuya defensa de la veracidad del Inca Garcilaso produce una hidalga rectificación de Marcelino Menéndez Pelayo. Por esos años viene a Lima don Rafael Altamira: Riva-Agüero pronuncia en su homenaje uno de los mejores discursos aún no recogidos en sus *Obras Completas*. Poco más tarde Palma llamará a Riva-Agüero y a los principales *arielistas* para reorganizar la Academia de la Lengua. Fundan la Asociación Pro-Indígena, apoyan a Tello y a Valcárcel en sus investigaciones arqueológicas. Viven intensas inquietudes políticas, horas de vigilia estudiantil, y, en el caso de Riva-Agüero, una discreta y poco conocida bohemia.

Ha surgido un escritor formidable, un historiador excepcionalmente dotado. Pero la política llama implacable a sus puertas. *La república aristocrática* instaurada en 1895 por Piérola entra en crisis en el primer gobierno de Leguía, cuyo personalismo degenerará en el cesarismo demagógico y burocrático del *oncenio*. La intentona de derrocar a Leguía de un grupo de jóvenes demócratas, en mayo de 1909, que no contó con la anuencia de don Nicolás, llena las cárceles de presos políticos. Dos años más tarde, ante la cercanía de la renovación parcial del parlamento y de elecciones generales, Riva-Agüero reclama desde *El Comercio* la amnistía con severas y altivas palabras de precoz autoridad. El gobierno detiene al joven y ya ilustre profesor universitario. Los estudiantes salen a las calles y uno de ellos muere sableado por la policía montada. El gobierno se tambalea: la oposición demócrata se une al grupo parlamentario pardista y se ciernen un voto de censura. Riva-Agüero es liberado. Cae el ministro Salazar Oyarzábal, el *ministro soneto* porque sólo ha durado 14 días. Ventura García Calderón renuncia a su puesto diplomático; Víctor Andrés, al suyo en el Archivo de Límites. A los pocos días, en el banquete de desagravio Riva-Agüero pide que en esa “fiesta en que se mezclan todos los partidos, todas las clases y todas las condiciones sociales” haya reconciliación, olvido de los disonancias secundarios, tener fe “en este Perú tan desgraciado y tan noble”, esperar el “porvenir esplendoroso con que soñamos”.

Los meses finales de 1911 fueron decisivos en la vida de Riva-Agüero. No funda el nuevo partido que las circunstancias reclamaban y cuyo liderazgo acababa de recibir general confirmación. Prefiere hacer un largo viaje por la sierra del Perú, una detenida visita al Cuzco y un lento retorno a lomo de mula por la ruta central de

Abancay y Ayacucho. De ese viaje inesperado y decisivo surgiría uno de los libros más hermosos de nuestra literatura: *Paisajes Peruanos*, mezcla de libro de viaje con pinceladas impresionistas y de honda reflexión histórica y sociológica. Porras dice que significa en nuestras letras lo que el *Facundo* de Sarmiento en la Argentina y comparable en la brasileña con *Os sertões* de Euclides da Cunha, en quien más tarde se inspiraría Vargas Llosa, primero para un inédito guión cinematográfico y luego para la que es tal vez su mejor novela, *La guerra del fin del mundo*. De ese libro, dice Porras, "lleno de orgullo y de congoja, brota permanentemente para el Perú, como el humo sacro de un hogar antiguo". Elogiado por tirios y troyanos, de García Calderón a Sebastián Salazar Bondy, de Ciro Alegría, Aurelio Miró Quesada y José María Arguedas al citado Vargas Llosa, los *Paisajes Peruanos* son, junto con la de Ventura García Calderón, la mejor prosa modernista del Perú. La leyenda indígena *Palla Huaracuna* la presenta allí Riva-Agüero mejor aún que Palma, descubriendo sus inmensas posibilidades narrativas, dice Ricardo González Vigil. En otra ocasión espigué las citas más reveladoras de su sensibilidad ante los Andes peruanos. Algunas de ellas recobran especial actualidad: "...he contemplado en su aislamiento y en su enternecedora miseria las comarcas que fueron el solar del Perú incaico, la entraña del Perú español, el campo principal y el corazón de la historia patria hasta la mitad de la centuria XIX, y que algún día ha de volver a serlo. . .".

Después de ese viaje, en lugar de fundar su propio partido, Riva-Agüero hizo otro a Europa a un congreso histórico, que a muchos desconcertó y pareció inexplicable evasión, semejante a la de González Prada en 1891. Pero el de Riva-Agüero no duraría siete, sino sólo un año. La correspondencia con María Emilia Heudebert en 1913 y 1914, que sólo ahora se ha podido conocer al concluirse la catalogación del vasto epistolario del escritor, nos permite vislumbrar una explicación. María Emilia Heudebert, una joven hermosa y culta de la sociedad limeña, parece haber sido el principal romance juvenil de Riva-Agüero. Refiriéndose a sus cartas, ella le dice al bisnieto del primer presidente republicano que en ellas "le puse mucho, aunque no todo de lo que guardo para usted en mi corazón. . .". Riva-Agüero era entonces la figura indiscutida de su generación; tenía un nombre histórico, fortuna, talento, prestigio internacional, autoridad nacional más que poder; ¿por qué en esos años de su plenitud vital e intelectual no dio forma al movimiento político que sus compañeros le reclamaban para encauzar lo que ellos llamaban la regeneración nacional? La frustración de ese idilio trunco podría darnos la clave de comprensión. Sostienen algunos que Riva-Agüero precipitó su viaje a Europa para poner distancia en el romance que desembocaría en un matrimonio inminente. Tal decisión surgía de sus escrúpulos morales: padecía una dolencia producida en alguna andanza amorosa. La palabra *enfriamiento* aparece así en el epistolario romántico como una suave reserva mental que ocultaba un noble sacrificio. La muerte prematura de María Emilia Heudebert, que fue acaso el amor de su vida, dejaría en él honda huella.

El estadiño de la primera guerra mundial determina el retorno de Europa en 1914. En febrero de 1915, próximo a los 30 años, funda el Partido Nacional Demo-

crático, bautizado con el remoquete de *futurista* por Luis Fernán Cisneros y que resultó como un vaticinio necrológico. El viejo civilismo no cedió el paso a las nuevas generaciones. A José Pardo no lo sucedió Riva-Agüero, como habría sido en el mejor sentido de la república aristocrática, ni Manuel Vicente Villarán ni Javier Prado: lo sucedió Augusto B. Leguía, que por su demagogia y personalismo, por su desacertada política internacional y su cazurrería inescrupulosa era el enemigo público número uno para Riva-Agüero y su generación. En 1919 Riva-Agüero se marchó a Europa; no volvería hasta 1930. Los que quedaron aquí en la lucha —Luis Fernán Cisneros, Rafael y Víctor Andrés Belaunde, José Gálvez— lo siguieron en el exilio o en el ostracismo dentro de las fronteras.

La soledad, el largo exilio, la carencia de un entorno familiar a la muerte de su madre en Europa, la abjuración de los errores de radical y convicto librepensador tal como surge en la correspondencia con Unamuno hasta la larga crisis religiosa que se inicia en 1907 y sólo parece resolverse varios lustros más tarde, concluyen con el *joven Riva-Agüero* que irrumpe en la escena peruana con ímpetu extraordinario y la domina entre 1905 y 1919. Al margen de cualquier consideración sobre su obra posterior —de erudición fundamental, de estilo definitivo, pero carente de la estructura más orgánica de los tres grandes libros de su juventud— nadie podría negar que Riva-Agüero alimentó hasta su muerte una inmensa y noble pasión por el Perú. En 1912 había dicho que la suerte de nuestra patria es inseparable de la del indio; “*se hunde o se redime con él. . .*”. En 1936 y en 1944 repetirá que el Cuzco es el corazón y el símbolo del Perú, que la sierra es la cuna de la nacionalidad y la columna vertebral de su vida; que el verdadero patriotismo es la aceptación, asimilación, el proceso viviente y el amor de la herencia completa de un pueblo.

En la encuesta que preparamos para la selección de los veinte primeros autores de la “Biblioteca Clásicos del Perú” que pronto comenzará a editar el Banco de Crédito omitimos involuntariamente el nombre de Riva-Agüero: un número considerable de los intelectuales que respondieron a la encuesta, a la derecha y a la izquierda del espectro ideológico, subsanaron la omisión y decidieron que, a los cien años de nacimiento, a los cuarenta de su muerte, tiene ya conquistado un sitio en nuestra historia; que su testimonio sobre nuestra patria es imprescindible.

## II

## APROXIMACION Y LEJANIA\*

Recordar es volver a pasar por el corazón lo evocado, dijo, inventando una sabia etimología, el poeta colombiano Eduardo Carranza, muerto hace poco. Tres siglos antes dijo lo mismo el Inca Garcilaso en los *Comentarios Reales* (Lib. I, cap. XV) para enaltecer poéticamente el sentido de la memoria entre los hombres del imperio. No puedo tener recuerdo de Riva-Agüero porque no alcancé a conocerlo directamente. Pero los varios años en el Instituto que lleva su nombre, el trato frecuente con sus libros y papeles para editar sus *Obras Completas* en la década del 60, el afán por rescatar de sus grandes coéteos —fundamentalmente de Víctor Andrés Belaunde— y de varios de sus discípulos, como Pedro Benvenuto, Guillermo Lohmann y José Agustín de la Puente, su imagen y su vivencia del personaje, me han permitido esa forma extensiva del recuerdo que es la comprensión histórica. La intenté, con clara propensión admirativa y hasta exceso apologético en mi trabajo de 1954 sobre sus analogías con Menéndez y Pelayo y, luego, en 1977, creo que con actitud crítica más abierta en el estudio que acompañó a la edición de su completo y total epistolario con don Miguel de Unamuno, el gran maestro e inspirador de su juventud. Me resulta, pues, al mismo tiempo gratificante y oneroso decir esta noche algo que pueda parecer distinto a lo que he escrito en varias oportunidades anteriores, incluyendo la más reciente de febrero de este año en que se conmemoró, exactamente, el siglo de su nacimiento, en el artículo que escribí para el Suplemento Dominical de *El Comercio* (3.III.85) sobre *El joven Riva-Agüero*.

Pero el centenario de un escritor debe propiciar un ejercicio simultáneo de aproximación y distanciamiento, de cercanía y de lejanía, para que cada nuevo asedio a sus propios escritos, más que a su leyenda, sea también la posibilidad de conquistar nuevos vislumbres.

Podemos contar ahora con más abundantes elementos de juicio para intentar la semblanza de Riva-Agüero: los que me brinda la correspondencia del escritor con sus grandes maestros de juventud —Unamuno, Rodó, Menéndez Pelayo—; con sus dilectos compañeros de generación, las otras grandes figuras del grupo *arietista*, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaunde; su lejano pariente, el sevillano Miguel Lasso de la Vega, marqués del Saltillo; el gran personaje femenino de su juventud, aquella limeña hermosa, inteligente y culta con quien vivió un romance fugaz, María Emilia Heudebert; y con su primer discípulo, formal secretario por un breve período y acaso uno de sus principales corresponsales limeños durante el destierro: Luis Alberto Sánchez. Don Luis Alberto ha publicado las cartas que le envió Riva-

---

\* Texto de intervención en el acto académico de homenaje organizado por el Instituto Riva-Agüero y el Banco Continental, el 5 de setiembre de 1985.

Agüero desde Madrid, París y sobre todo Roma, pero sólo una de las que él le escribió a quien llama su maestro y amigo. En el Archivo del Instituto Riva-Agüero están todas las demás y es indispensable conocer los textos de ambas partes para comprender cabalmente lo que es una correspondencia. Con todas esas cartas y algunas otras significativas y que abarca la misma etapa —1905-1930— esperamos que se publique pronto el primer volumen del Epistolario de Riva-Agüero, el que sería tomo XII de sus *Obras Completas*.

La lectura de esas cartas nos ha permitido un ejercicio de aproximación a través del testimonio más personal y directo del escritor, inundado de la misma sinceridad que propagan todas sus páginas editadas, todas sus actuaciones públicas por mucho que nos sintamos discrepantes ideológica y psicológicamente de ellas. Un ejercicio de distanciamiento, en cambio, puede ser la relectura de sus libros principales, escrito hace 80 años, el primero; hace 41, el último. Así, las cartas nos acercan a la intimidad tierna y enteriza del hombre, en busca de la clave para comprender su dramática soledad, la frustración de un gran destino. Sus libros marcan para nosotros, a la altura de 1985, las fronteras y los deslindes que de él nos separan, las rutas para reencontrarlo; el valor y la medida de sus aportaciones perdurables, el envejecimiento que ha producido en ellos la acción inexorable del tiempo.

Quisiera resumir en estas páginas, breves y urgidas, colofón casi innecesario a las disertaciones de Franklin Pease y Percy Cayo, algunas conclusiones provisionales que demandarían sin duda más prolijos desarrollos para desentrañar lo que veo ahora como esencial en la trayectoria de su vida, la vigencia de su obra, la lección de su estilo y la imagen que proyecta sobre la vida peruana en esta primera posteridad que ya lo ha consagrado como un clásico de nuestras letras.

### *SOBRE LA VIDA*

Sobre la vida de Riva-Agüero quisiera hacer sólo un apunte acerca de cuál sería su momento más creador. La de Riva-Agüero fue relativamente breve: duró 59 años. Yerovi y de la Jara y Ureta, entre los novecentistas, lo antecedieron en la partida. Lo siguieron, en cambio, Tello, Cisneros, Gálvez, primero Francisco y luego Ventura García Calderón, Sassone, Lavallo, Barrera. Sólo a Victor Andrés y *Racso* les fue deparada una larga ancianidad. Si nos atenemos al esquema orteguiano de las edades como ciclos formales de tres lustros, la vida de Riva-Agüero ofrece hitos muy claros y precisos. Absorbe en su infancia y adolescencia apacibles, de 1885 a 1900, entre su casa natal de Lártiga y el Colegio de la Recoleta, valores y experiencias que gravitan decisivamente en la formación de su personalidad: amor por la tradición, sentido familiar, contracción al estudio. La juventud, en cambio, de 1900 a 1915, en los claustros de San Marcos, es una negación radical de mucho de lo anteriormente acendrado. La plenitud de la vida, de los 30 a los 45 años, entre 1915 y 1930, cuando debía esperar la culminación y el triunfo, sufre el dramático hiato que significa el autoexilio y el alejamiento de la patria por un largo decenio, que

cambió radicalmente el rumbo de su vida. La primera madurez, de los 45 a los 50 años, entre 1930 y el 1945, se interrumpe por la muerte prematura el año anterior. No gozó de la serenidad reflexiva y depuradora de la senectud. ¿Cuál fue, entonces, su gran momento? Creo que hay que ubicarlo entre 1906 y 1918. Entre esos años escribe lo mejor de su obra, es el jefe indiscutido de su generación, gana en sus campañas periodísticas, en breve prisión política y en las calles un caudillaje que lo convierte en el posible sucesor de Piérola; hace un viaje a la sierra, que es el baño de "paisaje y paisanaje" que postula su maestro Unamuno como requisito indispensable del mejor casticismo; tiene el fugaz y frustrado idilio con María Emilia Heudebert; hace su primer viaje a Europa y a su retorno funda el Partido Nacional Democrático: dentro del demoliberalismo imperante, la mejor posibilidad de reestructurar y modernizar el sistema de la república aristocrática. Cuando en 1919 el viejo civilismo comete el increíble error de posponer a Riva-Agüero por Antero Aspíllaga como candidato a la presidencia en las elecciones que ganará Leguía, el enemigo público número uno para su generación, llegamos al final de ese ciclo. Riva-Agüero decide marcharse. Pero el destierro no será para él un episodio sino un largo paréntesis de desfase. Entre 1930 y 1944 vivirá el drama del retorno en un país que ya no lo reconoce y que lo desperdicia; su íntima congoja —seguramente atemperada por la fe religiosa que ha recuperado en un lento proceso— al comprobar el contraste entre su visión señorial del Perú y el predominio de las corrientes democráticas que fueron su ilusión juvenil y ahora son su desengaño. Por un designio de insólito coraje se convierte entonces en un combatiente sin entorno, obstinado, inflexible, deliberada y orgullosamente reaccionario, que vive y muere en su ley porque ha trasmutado sinceramente el dogmático agnosticismo de su juventud, su librepensamiento radical en el dogmático integrista de sus años finales. ¿Podría haber evolucionado de otro modo? Sobre el cúmulo de posibilidades que se abren para cada existencia caben muchos ejercicios de ucronía. Se me antoja ahora considerar el destierro como esa circunstancia decisoria del sentido final de su vida: no fue un episodio sino una opción que lo marcó, acreció las distancias que le creaba su talante aristocrático, su radical soledad: el padre había muerto en 1906 dejándolo a los 21 años y precipitando una primera crisis religiosa, según lo revela en una carta a Unamuno; sin hermanos, muerta la madre y la tía, que eran todo su entorno familiar, volvió en 1930 al Perú a comenzar de nuevo, porque no había aceptado la posibilidad del rectorado de San Marcos que Luis Alberto Sánchez le ofrecía en nombre de un grupo de profesores de su viejo claustro. Viene a enfrentarse a extraños, a viejos y nuevos adversarios, al juicio severo, sin duda injusto del autor de los *7 ensayos*, que presentaba como colonialista a quien hasta ese momento se había referido a la literatura colonial sólo para desdeñarla. Como advierte con gran penetración Luis Loayza, Mariátegui no atacaba en 1928 al joven autor de la tesis de 1905 sobre el *Carácter de la literatura del Perú independiente*, al brillante continuador de González Prada, sino al seguro adversario político cuya evolución había verificado en Roma y que sin duda volvería al Perú a la caída de Leguía. Combatiente solitario de errados rumbos políticos, todo fue entonces frustración: esas son las experiencias dolorosas que nutren la etapa final de su vida y que él sabe convertir en acicates para una lucha deno-

dada que no se rinde sino ante la muerte.

### *SOBRE LA OBRA*

Desde la perspectiva que nos brindan los cuarenta años de la ausencia de Riva-Agüero y cuando queda por conocerse sólo una porción no muy grande de textos inéditos —algunos apuntes de viajes y su epistolario— ¿cuáles de sus libros resultan los vigentes y perdurables? ¿cuáles han pasado victoriosos esa difícil prueba de la más cercana posteridad? Aunque parezca paradójico, el libro que marca el inicio de la crítica literaria en nuestra patria y al que es obligado referirse todavía para estudiar nuestro siglo XIX —el *Carácter de la literatura del Perú independiente*—, comenzado a redactar en los primeros meses de 1904, cuando tenía 19 años, y publicado en 1905; el libro que mereció el extenso y consagrador ensayo de Unamuno, ha envejecido inexorablemente. Está imbuido del positivismo reinante entonces en las aulas sanmarquinas, de determinismo geográfico y racial y de ingenuas explicaciones de psicología social para desentrañar el fenómeno literario. Aunque el conjunto de su panorama permaneciera en pie por varios decenios —no es cierto por ejemplo, que ignorara a Melgar— sus consideraciones generales, sus conclusiones y propuestas para el desarrollo literario y cultural del Perú adolecen de un insalvable tono de época de una desmesurada confianza en concepciones que han perdido vigencia: Nietzsche, Spencer, Guyau, sobre todo; porque en cambio Michelet, Renán y su predilecto Hipólito Taine serán para él los mejores antidotos contra las corrientes materialistas. Ha envejecido el exagerado casticismo de Riva-Agüero; su idea de las literaturas hispanoamericanas como castellanas regionales, como la de Andalucía o las islas Canarias, condenadas a la imitación de la península, “la vieja cepa” arquetípica, y de algunas otras europeas. Es cierto que Unamuno dio a Riva-Agüero el espaldarazo al dedicar en la revista *La Lectura* en 1906 un extenso comentario a su primer libro; pero en esas páginas, entre frecuentes coincidencias y elogios, están también dichas, por la insobornable honestidad del vasco universal, sus claras discrepancias: ni españoles ni hispanoamericanos debemos hablar más, dice don Miguel, de “degeneración de razas” después que ha terminado de desprestigiar tal concepto Max Nordau y si además reparamos en la incesante mixtión que ha forjado a nuestros pueblos. La influencia literaria no ha de ser unilateral, de allá para acá sino recíproca; la lengua común se recrea así en Madrid y en Salamanca como en La Habana, Bogotá o Lima. Tanto cuanto influyen ya en la península Rubén Darío y José Asunción Silva o más aún, influirán en el futuro otros escritores americanos: y ya vemos cómo se viene cumpliendo el vaticinio. . . Tiene razón Rodó, replica Unamuno a Riva-Agüero: está bien la educación práctica y utilitaria y la inmigración europea que postula el proyecto positivista para América española, pero la lengua, sangre del espíritu, debe vertebrar la unión de nuestros pueblos frente a la amenaza inminente del imperialismo norteamericano, que Riva-Agüero y su generación advertían cuando propiciaban la cohesión de una clase dirigente, de unas burguesías nacionales que realizaran el desarrollo industrial del país como garantía de independencia política y económica. Ha envejecido ese primer libro de Riva-Agüero, pero tuvo un poder

fecundante en su tiempo y aun hoy es imposible soslayarlo. José Gálvez, Ventura García Calderón, Luis Alberto Sánchez, José Jiménez Borja, Aurelio Miró Quesada, Estuardo Núñez, Alberto Tauro, Augusto Tamayo Vargas, Jorge Puccinelli, Washington Delgado, Alberto Escobar, Luis Loayza, Ricardo González Vigil, cuantos han propuesto panoramas de las letras peruanas han debido partir de ese libro fundador de nuestra historiografía literaria.

*La Historia en el Perú*, de 1910, en cambio, ha resistido a los embates de la obsolescencia según lo hemos comprobado esta noche. La razón podría estar en que Riva-Agüero era, mucho más que crítico literario, historiador. Los grandes frescos, las vívidas evocaciones, los cuadros de conjunto de las épocas clásicas del Perú, a propósito de la exégesis del Inca Garcilaso, Mendiburu o Paz Soldán, mantienen su vigencia, merecen trasladarse a las antologías. Reconstruir, narrar, enjuiciar, comparar, comprender, suscitar la reflexión moral: todas las etapas del proceso historiográfico se cumplen en su libro de precoz madurez juvenil de ese modo magistral y solemne que le era inconfundible. El elenco de los historiadores escogidos podía ya en 1910 ser discutible: ¿Por qué incluir entre los historiadores *peruanos* del s. XIX a Sebastián Lorente y entre los del XVII a cronistas conventuales también peninsulares y omitir en cambio, en el s. XVI a Cieza? Pero Jorge Basadre en el prólogo a la tercera edición de este libro, de 1965, destaca su carácter precursor en la historia de la historiografía no sólo peruana e hispanoamericana, sino aun española y europea, porque el libro del suizo Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna* apareció en Munich al año siguiente del de Riva-Agüero y la *Teoría e historia de la historiografía* de Benedetto Croce apareció en alemán en 1915, en italiano en 1917 y en inglés en 1921. También destacó Basadre en ese magnífico y justiciero prólogo la originalidad de Riva-Agüero al hacer una historia de la historiografía no sólo *horizontal*, es decir, al estudiar la obra de los historiadores en el proceso cronológico de su aparición, sino también *vertical*, con problema *histórico*, como él decía, al entrar a discutir y opinar sobre los asuntos de cada época, en las que son sin duda las páginas mejores de su libro. Se trata, diríamos ahora, de un ensayo a la vez diacrónico y sincrónico.

La historia no es erudición sino pensamiento, y por tanto la tarea eurística tal como la concibe Riva-Agüero, y lo destaca Basadre, debe conducir a lo que Droysen llamaba "die Frage", la pregunta que postula la comprensión y la reflexión. Basadre levanta el cargo de Mariátegui, que a pesar de ello ha seguido pesando sobre la memoria y la figura de Riva-Agüero como una lápida incontrastable, de que "idealiza y glorifica a la Colonia" porque sólo en ella busca las raíces de la nacionalidad, "Nada de eso aparece en *La Historia en el Perú* y ya han sido presentadas las pruebas de que su pensamiento fue asaz distinto", sostiene Basadre; y para demostrarlo transcribe el juicio de Riva-Agüero: "el refinamiento colonial, infantil, vano y vacío" hizo de la Lima de los Austrias y de Felipe V "una nueva Bizancio, una Bizancio pálida y quieta", que es de donde toma César Vallejo la imagen para su poema de *Los heraldos negros*, según la sagaz pesquisa de Loayza. Sin embargo debemos reconocer

que una de las mejores rectificaciones de Riva-Agüero será lo que en la etapa final de su vida lo lleve a una más honda comprensión de nuestro siglo XVII. Las dos calidades básicas para la perdurabilidad de la obra historiográfica, dice Basadre, son la riqueza y originalidad de las fuentes y la calidad del estilo. Eso hace de Ranke el gran maestro de la historia moderna. Y ambas condiciones brillan en el libro de Riva-Agüero. Por eso, *La Historia en el Perú y Paisajes Peruanos* han de perdurar; y "Cuando se haga la historia de la prosa en el Perú durante el siglo XX, Riva-Agüero tendrá un capítulo especial. Su vigor y su frondosidad exentos de retórica, su salud anímica, su casticismo, lo colocan dentro de los grandes escritores del idioma hispano", concluye Basadre.

Y llegamos al libro definitivo y medular de Riva-Agüero, *Paisajes peruanos*. Fue escrito entre 1912 y 1916 y comenzó a publicarse por capítulos en periódicos y en la revista *Mercurio Peruano* en la década del 20, pero sólo apareció como libro en 1955, con un prólogo de Raúl Porras Barrenechea, de desbordante entusiasmo, que era en rigor todo un libro, tan extenso como aquel al cual introducía al lector, sobre el paisaje como tema literario en el Perú desde Garcilaso y los cronistas anteriores, como Cieza, hasta Chocano y Eguren. Nadie ha superado a Porras en la admiración por Riva-Agüero; nadie se ha detenido más en el análisis de su estilo, sobre todo el de ese libro, que Porras considera "El más profundo y representativo, de más alta calidad artística y de más trascendencia creadora en la cultura peruana". De él podría afirmarse, prosigue Porras, que es un libro triste, como *Castilla* de Azorín, porque en ambos se percibe "un rumor de cosas rendidas que caminan hacia la muerte", y ciertamente predomina en él la impresión melancólica que produce "la tristeza de los páramos" de la sierra, "la miseria de su vida y la extinta grandeza de su pasado". Lo cual no significa, sin embargo, que, con tan distintos sentidos del adjetivo y del ritmo de la frase, pueda decirse del libro de Riva-Agüero que es de estilo azoriniano. Pero Riva-Agüero trata constantemente de hallar asidero para la esperanza, continúa Porras: "El recuerdo de la grandeza incaica aviva su sed de un Perú que recupere su jerarquía de tierra clásica y primigenia. La visión del Cuzco, que es un conjuro para la nacionalidad y resplandece en el mediodía solar, ha tonificado su sentimiento patrio. El paisaje, poblado de historia, lejos de comunicarle una resignación fatalista, ha sido un acicate para su culto del deber y del heroísmo". Se trata sin duda del libro definitivo de Riva-Agüero. Tuvo una clara influencia, a pesar de permanecer inédito como conjunto, porque sólo se edita once años después de su muerte. Ante sus calidades se han rendido todos los peruanos —los García Calderón, Mariátegui, Basadre, Aurelio Miró Quesada, Ciro Alegría, José María Arguedas, Javier Pulgar Vidal, Sebastián Salazar Bondy, Alberto Escobar, Mario Vargas Llosa y tantos otros; ha pasado a las antologías, merece constantes reediciones; y seguramente renovará por siempre la emoción primigenia de la tierra peruana en las generaciones venideras.

## EL ESTILO

Creo, en fin, que puedo concluir el juicio acerca de lo esencial y perdurable de Riva-Agüero, con las mismas palabras con que él resumió el suyo sobre González Prada, su *hermano enemigo*, como lo ha llamado Loayza en magnífico paralelo: Riva-Agüero tiene también esas dos virtudes que él reconoció en esa alma gemela y antagonica: "valor moral y estilo". Así es, en efecto. Riva-Agüero tuvo a lo largo de su vida entereza moral, coraje físico: jamás eludió la definición ni la contienda ideológica. Y estilo: derrochó la mejor prosa modernista junto a la de Ventura García Calderón; una de las mejores de su tiempo en el ensayo histórico y en todo el ancho y aún invertebrado mundo hispánico. Porque, fiel al eclecticismo y sincretismo de las corrientes modernistas, su estilo tiene, para su vivencia del paisaje, la técnica del color y del rumor que le proporcionaba su oído simbolista y su pupila parnasiana; para la literatura de combate, la clásica concisión lapidaria; para las reconstrucciones históricas, opulencia, derroche de luz y claroscuro barrocos y el cosmopolitismo de sus remotas y sorprendentes asociaciones; y para la efusión autobiográfica, la emoción de un contenido patetismo de estirpe romántica.

Diría que la *voluntad de estilo* de Riva-Agüero se había forjado temprana y definitivamente en las intensas lecturas de una adolescencia aplicada con pasión excluyente al estudio; su prosa fluiría en sabias y secretas combinaciones de ritmos y atmósferas, pero siempre con énfasis y solemnidad contundentes, así en las páginas juveniles como en las de su interrumpida madurez.

Concluyo con dos citas que ilustran mi juicio sobre la prosa de Riva-Agüero. La primera es de *Paisajes peruanos* (1912), y es parte de una página inolvidable sobre el Cuzco:

"En los días tempestuosos, el viento, por las callejuelas grises y las casas destartaladas, clama y muge largamente como el espíritu de la desesperación. He sentido el maleficio de este ambiente alucinador y letal, comparable al de un regio sepulcro violado; y había horas en que la aflicción me invadía. No era la dulce tristeza que he gustado después junto a las ruinas romanas, o en la tortuosa Toledo y la torreada Avila; porque no provenía de la mera curiosidad artística, ni la inspiraba el tibio saludo de respeto a las lejanas influencias mentales, ni el homenaje enternecido pero rápido a la ascendencia carnal, ya tan remota y vaga; sino que la nutrían la acerba congoja y la preocupación íntima y rebosante por el destino de mi propio pueblo y la suerte de mi patria, cuya alma original, mixtión indígena y española, habita indestructible en la metrópoli de los Andes. El Cuzco es el corazón y el símbolo del Perú. ¿Consistirá acaso la esencia de nuestra ciudad representativa en la tiránica pesadumbre, la tragedia horrenda y el irremediable abatimiento?"

La segunda proviene de *Añoranzas* (1932), veinte años después, y es una evo-

cación de la infancia en su casa de Lártiga:

“Cuando se acercaban el verano y la partida a la temporada de Chorrillos, tenía que aplicarme más a mis textos por la inminencia de los exámenes. Al alzar entonces los ojos de los enfadosos compendios hasta el fresco y brillante azul de diciembre, no era raro que de las azoteas inmediatas bajara una bandada de palomas, tornasoladas o blancas, a picotear los granos de maíz delante de las jaulas de caña o alambre para los pájaros domésticos; mientras que en los postes del teléfono emergentes de los otros terrados, y en las medianaranjas de las iglesias circunvecinas, ladeando con su peso las cruces de madera, velaban misteriosos los fúnebres hermanos criollos del cuervo, los limeños gallinazos que Lastarria comparó, por su solemnidad y negro ropaje, con los entonados senadores de la antigua oligarquía chilena.

Y cuando, a pesar del decaimiento de fiestas y procesiones, repicaban en coro las campanas de las redondeadas torres en los monasterios próximos, yo sentía arrebatado, con primaveral entusiasmo, que mi alma, por sus más hondos atavismos, se asociaba sin reservas al himno jubiloso de mi ciudad natal”.